

rosalba garza

las obreras ganan una huelga

El movimiento obrero ha tenido escasas oportunidades de manifestarse auténticamente en México, y menos aún de ganar la contienda. Uno de esos casos corresponde a los trabajadores de la fábrica Tejidos Imperiales, S. A., grupo constituido en su gran mayoría por mujeres.

En febrero de 1974, los trabajadores de esta fábrica se declararon en huelga debido a que la empresa les retuvo los salarios durante algunas semanas. De antemano se había formado una comisión para hablar con el patrón, el cual informó a los obreros que la fábrica estaba en quiebra y que no había dinero. De esta manera comenzó una huelga que durante tres años mantuvo una lucha constante en defensa de los derechos de casi ochenta trabajadores.

De estos ochenta obreros, sesenta y cinco eran mujeres, las cuales con inteligencia y paciencia pudieron mantener la cohesión del grupo a pesar de que algunas claudicaron.

Tres años de lucha constante y dedicada, con guardias permanentes de día y de noche, en donde la valentía y la resistencia de este grupo combativo logró un triunfo finalmente congruente con el esfuerzo realizado.

En el mes de marzo del presente año se terminó el movimiento de manera satisfactoria para los trabajadores: El pago de salarios caídos con el producto de la venta de la maquinaria.

Al hacer contacto con algunas de las compañeras para que me concedieran una entrevista, decidieron asistir diez de ellas: Juana Sandoval, Catalina Sánchez, Ma. Luisa Casas, Filomena Rosas, Lorenza Aguilar, Armida Sánchez Ruiz, María Guzmán, Lucina Martínez, Dolores Sandoval y Emelia Zúñiga, y un hombre: Antonio Valdez. Pensaron que de esta manera se tendrían varias opiniones y que la participación de un grupo podría reunir mejores comentarios.

R. G.—Quisiera saber los antecedentes que las llevaron a tomar la decisión de ir a la huelga.

J. S.—Bueno, yo tenía dieciocho años trabajando en la fábrica y durante ese tiempo nunca habíamos tenido ningún problema serio. Siempre estuvimos dentro de un sindicato "charro", pero como nunca tuvimos que pedirle ayuda, todo estaba bien.

Hace tres años y medio más o menos el patrón nos empezó a detener la raya, vimos a la delegada y nos dijo que no se nos podía pagar porque la fábrica estaba en quiebra y como nosotras no teníamos contrato colectivo ni nada que nos amparara, no había nada que hacer. A nosotras nos contrataban sólo por un tiempo determinado. Cuando yo entré a trabajar me hacían firmar un contrato cada quince días, después me lo aumentaban, para cada 28 días y así estuve durante nueve meses. A otras personas se les hacía reajuste y se les suspendía la recontractación, sugiriéndoles que volvieran más adelante. Algunas volvían, otras se cansaban y se iban.

Después, cuando hubo una orden presidencial para aumentar los salarios a los trabajadores, el patrón no quiso dar el aumento y nos dijo que le diéramos chance de liquidarnos y contratar gente nueva, pero nosotros nos negamos. Fue la primera vez que le pedimos ayuda al sindicato (Sindicato de la Industria Textil), que nos ayudara, pero siempre nos decían que no nos metiéramos en líos, que no hiciéramos huelga porque a veces las huelgas duraban hasta veinticinco años y que no valía la pena. Pero nosotros pensamos; si el patrón quiere acabar con nosotras, mejor nosotras acabamos con su fábrica.

De esa manera, el 24 de febrero de 1974, me acuerdo que era miércoles, estalló la huelga. Hubo algunas compañeras que se resistieron, pero cuando vieron que éramos la mayoría, hasta las más calladitas se nos unieron.

R. G.—¿Cuál fue el comportamiento de los hombres en general ante el movimiento?

A. R. S.—Los hombres eran muy pocos. Como nosotras éramos la mayoría, a las mujeres nos tocaba tomar las decisiones; de los nueve hombres que comenzaron en la lucha, sólo se quedaron tres, pero siempre entusiastas ante el movimiento.

R. G.—¿Recibieron alguna agresión de parte de algún compañero disidente, o de las autoridades patronales o laborales?

C. S.—Las únicas agresiones que recibimos fueron de nuestro propio sindicato. Cuando nosotras vimos que no nos iban a ayudar pues les volteamos la bandera. Recibimos amenazas de parte del sindicato cuando se enteraron que estudiantes y trabajadores nos visitaban para apoyarnos. El secretario general del sindicato me dijo a mí que si él sorprendía a alguna persona ajena al personal de la fábrica, enviaría un grupo de choque, pero yo le dije luego luego que le iba a mostrar la Ley Federal del Trabajo porque parecía que no la conocía.

Después le eché la mentira de que toda la Unidad Tlatelolco estaba de nuestra parte, y a ver qué pasaba si los dos grupos de choque se enfrentaban. Eso sirvió para que ya nos dejaran en paz.

Otra vez, un achichinle del sindicato que se encontró a una compañera "boteando", le dijo que si no le daba vergüenza, que mejor se pusiera a trabajar y que no anduviera de limosnera.

Como nosotras no íbamos a dejar pasar este incidente sin que lo supiera el secretario del sindicato, fuimos a reclamarle la grosería de este fulano por decirle "limosnera" a una compañera, el secretario delante de nosotras llamó al individuo e hizo que nos pidiera una disculpa.

R. G.—¿Hubo algún incidente violento durante las guardias nocturnas?

J. S.—Bueno, como en todas partes, algunos borrachines trasnochadores nos agredieron alguna vez, pero nada de importancia. Siempre había un grupo de nueve personas haciendo guardia, ocho mujeres y un hombre, y así nos turnábamos de nueve en nueve todos los días.

A mí particularmente me gustaría contar lo que me sucedió una vez que andaba "boteando". Fíjese que dos tipos que se decían detectives me pidieron mi credencial y como no la traía, les dije que acababa de salir de la velada y que en ese momento no la traía conmigo, y uno de ellos me dijo, "pues ni modo, me la voy a tener que llevar a la caseta, porque así es la ley". Yo le dije —¿Es la ley? Y a nosotras las obreras, ¿qué ley nos ampara? A ver dígame. . . ¿Esa es la ley? Y como nunca le mostré nada de miedo ya no me dijo nada. La ley. . .

R. G.—¿De qué manera resolvieron sus problemas económicos durante todo el tiempo que no percibieron salarios?

C. S.—Andábamos como hormiguitas, "boteando" por toda la ciudad. Usted no se imagina las rutas de camión que conocimos, los lugares más extraños de la ciudad de México. Después hacíamos las cuentas de lo que habíamos recolectado y lo repartíamos en partes iguales. Tuvimos mucha solidaridad de parte de otros trabajadores, principalmente del sindicato independiente de la Euzkadi y de la misma manera mucha ayuda de la Intersindical.

R. G.—¿La mayoría de las compañeras son solteras o casadas?, ¿en qué plano situaron los problemas personales dentro de la huelga?



C. S.—Había de todo, casadas, solteras, viudas y hasta solteronas. Claro que tuvimos muchos problemas a nivel personal, problemas morales muy duros. A mí se me murió mi esposo durante la huelga; mi hijo tuvo un accidente en donde perdió las dos piernas, y mi mamá murió apenas en diciembre del año pasado.

Imagínese usted todo esto, y yendo y viniendo, que a la Secretaría del Trabajo, que a la guardia, que la casa. En realidad el quehacer era mucho; sin embargo, yo no podía abandonar la lucha puesto que yo pensaba que dejar de pelear por mis derechos y abandonarlo todo, a la larga, haría que me sintiera peor.

Otra compañera tuvo muchos disgustos con su marido, sobre todo cuando tenía que hacer guardia nocturna. El no entendía cómo ella andaba en la calle cuando él estaba ya bajo techo. Ella nos contaba que a veces le dejaba de hablar hasta por quince días, pero finalmente él comprendió que no era nomás andar en la calle, sino era andar peleando la verdad.

De igual forma, nosotras siempre comprendíamos cualquier problema de tipo familiar, si alguien no podía hacer guardia, otra la sustituía. En ese aspecto siempre estuvimos muy unidas.

R. G.—¿Cuándo creen que fue el momento en donde se sintieron más unidas?

E. Z.—Definitivamente creo que cuando hicimos a un lado a nuestro sindicato "charro". Vimos que nunca nos ayudó, ni siquiera fue para advertirnos de que el patrón podía ampararse legalmente y así estuvo durante los primeros nueve meses. Cuando le dimos la espalda al sindicato y nos sentimos más solas, creo que fue cuando nos unimos más.

R. G.—Me gustaría que tú como hombre, me contaras tus impresiones acerca de tu trabajo alrededor de tanta mujer. ¿Crees en eso que dicen que las mujeres son como el demonio?

A. V.—¡Qué vá! Yo les tengo un gran cariño, puesto que siempre demostraron mucha entereza, se portaron como mujercitas. Creo que en ocasiones fueron más fuertes que nosotros, puesto que la disidencia de los hombres proporcionalmente fue menor a la de las mujeres.

Aunque había mujeres mayores de edad, siempre estuvieron presentes y siempre jalando al parejo.

En un principio algunas iban acompañadas a las guardias por sus esposos, pero después ellas solas se seguían presentando, puesto que sus compañeros tampoco se podían desvelar y trabajar al día siguiente. Yo creo que supieron sobrellevar la situación con sensatez de juicio.

R. G.—¿Sienten ustedes que esta lucha que sostuvieron durante tanto tiempo las ha hecho en cierta medida valorarse más como mujeres trabajadoras?

J. S.—Más que nada, agarramos experiencia, nos enseñamos a defendernos de todo y contra todos. Defender nuestros derechos nos dio mucha seguridad; siempre tuvimos presente que no estábamos haciendo nada malo, ni siquiera queríamos robarle ni un quinto al patrón, simplemente estábamos recuperando lo que nos correspondía.

Aunque ganamos la lucha, no alcanzamos las metas que hubiéramos querido. El perito que mandó la Junta de Conciliación para hacer el avalúo de la maquinaria, para que al venderla se nos liquidara le puso un precio muy alto. En realidad la maquinaria estaba ya muy trabajada, muy gastada y al venderla sólo pudimos dar a cada trabajador el 60% de la liquidación que le correspondía, dependiendo de su antigüedad y salario en la fábrica. Reconozco el triunfo pero me baso en la realidad y creo que yo hubiera preferido algo más justo.